

¿HACIA UN MUNDO FELIZ?

Negar la importancia del pensamiento de Marx en la Sociología y en la Historia, sería tan absurdo y estúpido como olvidar su influencia real en la actividad política de casi todo un siglo. Otra cosa es compartir, sin más, todas sus ideas, pues junto a aciertos indudables, también incurrió en enormes errores; errores que, para quienes le siguen, han quedado olvidados al transformar en dogma y doctrina místicos lo que sólo fué inteligente estudio. El mismo Marx, de existir, hubiera rechazado - enérgico esta evolución cuasireligiosa y la conversión - de su persona en profeta.

Marx acierta a poner de relieve la incidencia que el componente económico ha tenido en la historia del hombre y en las formas de organización social. Yerra, sin embargo, al considerarlo como causa exclusiva de aquel devenir. La vida -y la historia por consiguiente- es más compleja y no admite simplificaciones fáciles, so pena de no entenderla o destruirla.

Pero es indudable que, entre los varios y diversos ingredientes que han configurado las estructuras sociales a través del tiempo, la economía tiene un peso específico muy grande; como lo tienen, igualmente, la religión, las creencias o las ideologías. No pueden separarse los componentes de la mezcla sin que desaparezca el producto resultante de la conjunción é interacción de las distintas características y cualidades de cada uno de ellos.

Nuestro propósito, sin embargo, no es mirar hacia el pasado sino otear el futuro, aunque no dejemos de tener en cuenta el anterior comportamiento colectivo del ser humano.

Tendencias económicas.

Lo que distingue, de forma acusada, a la economía de nuestros días de la de pasados tiempos, no es el sis-

tema de mercado, herencia del liberalismo, ni la intervención creciente del Estado tratando de corregir los efectos negativos de aquél; lo que la diferencia y la coloca en una situación tal vez única é irrepetible, es la enorme capacidad conseguida por los medios de producción. Frente al lento progreso de siglos en el perfeccionamiento de las herramientas, la tecnología creada por el avance acelerado de la ciencia, ha hecho que el hombre multiplique sus posibilidades de producir, de tal manera, que no parece fácil encontrar el límite. No hay exageración en lo expuesto. Piénsese que estamos aún en los comienzos de la informática y la robótica, en sus primeros y vacilantes pasos. Dentro de poco, hasta el mínimo esfuerzo de dirigir una máquina, resultará innecesario con el maridaje de aquellas técnicas.

Tenemos, pues, casi al alcance de la mano, la realización del sueño de un paraíso sin trabajo y sin necesidades. Y, no obstante, el tema nos preocupa. Por lo pronto la eficacia tecnológica se ha convertido en una trampa. De los tres factores clásicos de la producción - tierra, capital, trabajo -, éste último ha perdido importancia. Sobra esfuerzo y, como consecuencia, gente. En las ciudades y en el medio rural, cada día existen más seres sin una tarea que realizar y sin medios, por tanto, para mantenerse. Y lo que resulta gravísimo, sin un aparente objetivo para sus vidas.

El problema no surge de una crisis pasajera, semejante a las del pasado, que con unos reajustes de variable dureza se corregían. La causa está mas honda y tiene peculiaridades inéditas, para las que no existen recetas ensayadas.

Veamos el planteamiento escueto:

1º.- Se han conseguido unos medios de producción tan eficaces, que el trabajo del hombre se reduce hasta unos extremos que obligan, a una cantidad enorme de seres, a permanecer inactivos. Resulta así un paro masivo con todas las secuelas que implica.

2º.- El crecimiento ilimitado de la producción agota los recursos naturales, destruye el ambiente y rompe el equilibrio ecológico, esencial para la supervi

vencia.

3º.- El aumento constante de la población, agudiza ambas situaciones.

Las soluciones, que parecen claras, no son tan fáciles. Para la primera cuestión podría arbitrarse la reducción de la jornada laboral, el reparto equitativo de sus resultados o ambas cosas a la vez, porque el sistema actual exige la existencia de una gran masa consumidora, sin la que carecería de sentido la producción de bienes.

Para el segundo punto, que se muestra más difícil, solo cabe un uso racional de las materias primas, complementado con la posible recuperación de elementos procedentes de objetos desechados. De todas formas, a largo plazo, el problema puede, en algunos casos, convertirse en insoluble, salvo que se encuentren sustitutivos a esos recursos en el espacio exterior.

En cuanto a la población, la planificación familiar puede estabilizarla; el envejecimiento provocado por la limitación en la natalidad y el incremento de las expectativas de vida, no obstaculizan para nada el desenvolvimiento de la sociedad, si tenemos presente el cada vez menor esfuerzo que el trabajo precisa.

Más, a estas alturas, no podemos dejar de preguntarnos si todas las soluciones propuestas y sobre las que, en algún momento, cualquier persona medianamente consciente ha pensado, son posibles.

Antes de aventurar una respuesta, por lo mismo - que al principio se dijo que no podían separarse los varios elementos de un conjunto sin que desapareciera éste, veamos otros aspectos diferentes.

Tendencias ideológicas.

El primigenio é irresistible deseo de supervivencia de todo ser vivo, al pasar el tiempo, deriva en el hombre, cuando va consiguiendo someter el entorno y liberarse de los terrores de animal acosado, hacia objetivos que le permitan mantener un predominio sobre los demás seres, incluidos los de su misma especie. Surge de ahí la lucha intestina -que también se dá entre los -

irracionales, - aunque sin las notables consecuencias que provoca la inteligencia - y sus secuelas de guerras, estructuras, clases sociales etc.; según la prepotencia o la sagacidad de cada grupo o cada individuo.

Como reacción natural y lógica nace también un afán por conseguir, en los sometidos, la igualdad y la libertad. Resulta ocioso recordar el acontecer histórico en tal sentido; basta con la evidencia de este anhelo, que es una constante en todos los pueblos.

La libertad para el hombre, pues, parece un don precioso e irrenunciable; la libertad y todo lo que la misma implica respecto a las múltiples metas que para cada vida se muestran como apetecibles y alcanzables. Nada debe entorpecer la actividad encaminada a conseguir tales objetivos, ni frenar los impulsos que a ellos conducen.

Los grandes logros de nuestro tiempo en el orden científico y, sobre todo, en el económico, están basados en las posibilidades que esa libertad otorga al hombre, estimulándole sin limitaciones a conseguir sus deseos. Las tendencias ideológicas en el campo político llevan por ese camino; pero se produce, sin embargo, un fenómeno curioso: frente al deseo incuestionable de libertad, se levanta la granítica realidad de unas condiciones nuevas del quehacer económico, que obligan a limitar aquélla. Por ejemplo: Hay que formar unos grandes bloques supranacionales, ampliar y extender los mercados, buscar o intercambiar fuentes energéticas, materias primas, etc. Con ello las fronteras, los límites territoriales, tienden a desdibujarse y desaparecer, perdiéndose al propio tiempo peculiaridades identificadas, autonomía en las propias decisiones, libertad, en suma, para actuar con independencia.

Esto que se predica de las naciones es aplicable, descendiendo, a células organizadas mas primarias, hasta llegar el individuo aislado.

Por otra parte, las distintas ideologías buscan, y así es deseable, junto a una mayor libertad personal en el aspecto político, una extensión de esa li-

bertad a las diversas facetas de la vida y de la convivencia, con lo que nos encontramos ante unos hechos con tradictorios y contapuestos.

Vias de solución.

Armonizar estas situaciones antagónicas - que no excluyen otras - no parece tarea fácil. La eficacia productiva, se ha dicho, libera trabajo y produce, por consiguiente, inactividad en una gran masa humana; masa que, al verse mermada de recursos, no puede consumir lo suficiente para mantener en funcionamiento la maquinaria económica.

Para solucionar el problema planteado existe un claro recurso : el reparto equitativo del trabajo y de los bienes. Ahora bien, esta forma de actuar tiene sus consecuencias, de las que pueden destacarse la pérdida de grandes parcelas de libertad, tanto en cuanto entes colectivos, como por lo que respecta a las personas sin gulares; ha de desaparecer parte sustancial de la inicia tiva individual, de los estímulos clásicos -que son una forma de egoísmo positivo- que han movido al hombre ha cia la búsqueda ingeniosa de recursos y medios. Se hace necesaria una planificación.

Mas todo esquema planificador, para su realización, precisa ser decidido é impuesto por disposiciones emanadas de una organización superior indiscutida e in discutible, lo que tiene un cierto tufillo, cuando me-- nos, patriarcal o casi dictatorial. Porque a nivel mundial una planificación concertada es poco probable, sin contar con las tensiones que genera el hecho de las nacionalidades, poco proclives a perder hegemonías y privilegios o a ceder cotas de independencia y bienestar.

No existe, pues, una clara salida del estrecho - callejón a donde nos ha llevado el somero análisis de - sólo unos pocos factores en los que, además, no se ha - profundizado lo suficiente; sin embargo no deben deducir se de ello consecuencias negativas absolutas; aunque - aparentemente no podamos hoy encontrar el vado que la so-

ciudad ha de elegir para no dejarse arrastrar por la impetuosa corriente de las circunstancias, debemos tener confianza en que el afán nunca contenido é insobornable de sobrevivir, hará el milagro de salvarnos de una regresión o de un suicidio colectivo. Otra cosa es que el sistema al que nos veamos impulsados o arrojados sea capaz de hacernos mas felices. El hombre, en su historia, ha sido un ser atormentado y condenado al sufrimiento.